

EL SUSTITUTO DE LOREN



JAVIER ASENSIO LOBO

© 2025 Javier Asensio Lobo. Todos los derechos reservados.

El siguiente es un fragmento gratuito de “El sustituto de Loren” (Ediciones Octubre Negro, 2025). Los derechos de la edición en papel en España son de esta editorial. Todos los derechos digitales pertenecen al autor, Javier Asensio Lobo.

Este fragmento puede compartirse libremente de forma gratuita siempre que se mantenga íntegro y sin modificaciones y se haga mención expresa al autor.

Se trata de una obra de ficción y cualquier coincidencia en su contenido con la realidad es mera casualidad.

También es de considerar que el autor no recibe absolutamente ninguna subvención por hacer estas cosas, así que, querido lector, sé amable. La única intención es ofrecer una lectura entretenida y de provecho. En este ecosistema depredador en el que vivimos, toda reseña, comentario y acto de compartir es vital para la existencia de este librito y será tenido en cuenta por los reyes magos.

Gracias de antemano por tu tiempo. Espero que lo disfrutes.

Para adquirir la obra completa puedes hacerlo en:

javierasensiolobo.com

I
EN MANOS AJENAS

Lunes ocho de la mañana, Loren toma una combinación de dos líneas de metro y un autobús hasta su lugar de trabajo. Cincuenta minutos de trayecto. Su estación de salida está cerca de la cabecera así que a veces encuentra un asiento libre. Una vez instalado coloca la mochila de dinosaurios entre las piernas, dobla con cuidado la chaqueta sobre las rodillas y saca el móvil. Le gustan las series de caballería. La pantalla se ilumina y el vagón se agita, fustiga con hierro el túnel, una lluvia de chispas cae en la oscuridad; la sombra de un dragón aúlla contra las paredes y en una estación fantasma se esconden las ruinas de una antigua civilización.

Si en aquellos momentos alguien le hubiese dicho que muy pronto acabaría en la calle convertido en un indigente, se habría sorprendido bastante, después de todo él solo es alguien normal.

—Ey, Loren, cómo va, maquinón.

—Ahí andamos.

Pues sí, ni alto ni bajo, ni guapo ni feo, ni listo ni tonto, con su horario regular de 9 a 6 frente a un ordenador en una empresa de paquetería y su salario mínimo el 30 de cada mes, notificación de banco incluida cada última semana avisando de que el saldo está por agotarse. Tres resfriados puntuales al año, en invierno, en verano y en primavera. Pelo corto, zapatos y camisa. Lorenzo Rico Mainer. Transporte público y café de máquina capuccino vainilla; la misma hora de pausa para las comidas, las mismas cuarenta horas semanales a cambio de un rato por las tardes y los fines de semana para sus cosas, el banco, la compra, el bricolaje, un paseo hasta la panadería en crocs, menú los domingos, el peluquero, el dentista, el dermatólogo, llamar a mamá, vacaciones también, distribuidas razonablemente para hacerlas coincidir con los festivos, tutoriales de cocina para llevarse una fiambarrera decente en vez de bocadillos redundantes, cositas italianas y francesas, recetas de la abuela, sabores asiáticos de presumir.

Pero sepa lector que no siempre fue la vida cosa tan homogénea. Hubo en algún momento diferencia y sabor, una novia de instituto, Ginebra, la de la blanca piel y la blanca frente y el pecho del Tormes el sutil cristal, la primera y la única, el amor y el sexo, la intimidad y la sinceridad, el autoconocimiento y la libertad. No es moco de pavo. La cosa fue que ella se cansó de que Loren le mirase las piernas durante las clases de literatura universal, así que un día se le acercó en el patio a ver de qué iba. Le dio penita, era tan mono, con el pelito así para un lado y la camisa metidita por dentro del pantalón.

—Cuántos tienes, ¿diecisiete?

—Dieciséis. Pero cumplo los diecisiete en un mes.

—Yo ya tengo casi dieciocho así que como ves soy bastante más mayor que tú. Esto significa que tendrás que obedecerme en todo.

—Vale.

Y así se hizo. Ginebra. Sonreía como un pájaro que alza el vuelo y se pierde tras los edificios. Fue ella quien lo desvirgó con palabras simples de amor, soeces y efectivas, una noche en un parque junto a la M-30 y bajo la estela rugiente de los faros de los automóviles, y fue ella quien puso los condones. Fue ella quien le regaló un juego completo de rotuladores profesionales sin venir a cuento de nada, solo porque a él le gustaba dibujar, y fue ella quien se lo llevó a conocer los escondrijos de Madrid y a filosofar fumando y bebiendo barato. Fue ella quien discutió las veces que fueron necesarias y fue ella también quien lo arregló y quien se disculpó, incluso cuando no le tocaba. Lo cierto es que fue ella quien hizo todo el trabajo. También lo de marcharse al terminar el instituto, a Londres.

—¿Por qué?

—Quiero hacer algo con mi vida.

—Sí, yo también.

—Me refiero a algo con *mi propia vida*.

—Sí, eso.

—Loren, no te enteras.

Desde aquello todas sus relaciones fueron eventualidades a través de aplicaciones de citas, duraban un rato, a veces tres meses, a veces tres semanas. En cierta ocasión llegó al año con una chica que hacía escalada y que resultó que se acostaba con más hombres a la vez que con él.

—Oye, no hay nadie más, ¿vale?

—Vale.

—De verdad. Estás tú, estoy yo, los otros no importan, ¿vale?

—Vale.

—Pero podemos montarnos un trío. Yo creo que Joaquín te va a caer bien, la tiene más o menos como tú.

Le dolió.

Ginebra. Tenía la piel tan blanca como su nombre. ¿De dónde sacaría ella el dinero para los rotuladores? El nunca le hizo un regalo así, algo parecido a una particularidad. Eran profesionales, de los buenos, costaban una pasta. ¿De dónde coño sacaría el dinero? Bueno, seguramente era una tontería pero Loren nunca pudo dejar de preguntárselo. En fin, ¿qué más?

Lo del deporte. Le dio por ahí, después de la universidad, no tenía muchos amigos, conservó alguno durante unos años pero sus rutinas tan similares acabaron por alejarles. Hablaba con los compañeros del trabajo, iban a tomar algo de tanto en tanto. Ya no dibujaba más. La verdad es que

en aquel entonces tenía tiempo y cerca de su apartamento, un nicho sobre un solar de neumáticos y neveras oxidadas, hay un parque similar a la calva de un viejo. Eso fue todo.

Al principio va hasta allí al trote y da un par de vueltas. Al principio. Luego se limita a llegar corriendo y sentarse a descansar. Al final del proceso aquello es más un paseo que otra cosa. En una pequeña mochila de tela lleva comida para gatos, hay una pequeña colonia cerca de donde él se sienta, junto a los bloques de hormigón para skaters, abandonados y cubiertos de grafitis. Le gusta dejarles la comida y ver desde la distancia cómo se acercan con precaución, olisquean y muerden para salir disparados hacia las grietas del muro y desaparecer. Con el tiempo los gatos cogen confianza y en lugar de correr, lo miran con atención sin dejar de masticar, más de una docena de ojos de ámbar fijos entre la maleza. Loren llega a bautizarlos, a proyectar en ellos personalidades, actitudes, pasiones y moral. Les imagina diálogos, aventuras, vidas con algo de telenovela que van mutando con los días a medida que la intriga se complica, amores, disputas, premios y castigos. Lances que en muchas ocasiones le sirven de insumo para su propia introspección. Hasta que las tramas empiezan a repetirse, quizás por falta de imaginación, quizás porque son fotocopias de la vida. Es entonces cuando tiene su primera experiencia extracorpórea y se contempla desde la misma lejanía con la que los felinos lo observaban entre las sombras y con los ojos desmesuradamente abiertos, amarillos. El tipo del chándal azul que da de comer a los gatos del parque incluso bajo la lluvia. Tiene un espanto, lo deja y se compra un televisor gigante con un equipo completo de sonido. Netflix entra en su vida.

Doscientos mil capítulos después sale a regañadientes a tomar algo con los compañeros de la oficina y le presentan a Ofelia. Fue lo típico. Ofelia también, esa chica al fondo de la foto de quien tu tía dice que es mona. Lo cierto es que tampoco él era una ganga. No hubo amor a primera vista, se intercambiaron números aquella misma noche, una semana después estaban saliendo y seis meses más tarde ya se habían mudado juntos y a nadie le extrañó aquella rapidez. Un día los compañeros le preguntaron que cómo iba la cosa, Ofelia les caía bien, era una mujer directa, con carácter, entusiasta. No es poco, les dijo Loren, pero nada más; y todos pensaron que se trataba de un comentario de lo más cruel.

—No hablamos de muchas cosas, a eso me refiero.

—¿Y qué hacéis?

—Lo normal.

Salir a cenar, ir al cine, al campo algunos fines de semana. Iban en coche, daban una vuelta por un pueblo, se internaban un poco en las afueras, no mucho, lo suficiente para entrar en contacto con la naturaleza como suele decirse. A él le gustaba el silencio vegetal, a Ofelia el jaspeado de luces y sombras en los caminos. Luego volvían y comían en el asador de la plaza, legumbres y carnes fuertes, hortalizas de la huerta. Cuando el sol caía regresaban a la ciudad envueltos un suave y presuntuoso cansancio, se duchaban, preparaban algo ligero de cena y veían juntos una serie.

Lo normal.

En aquel tiempo todavía se acostaban unas tres veces a la semana. El sexo estaba bien, oral, el misionero, la amazona y el perrito. Al terminar, se abrazaban. En la penumbra de la habitación hablaban del futuro, una casa en las afueras con un jardín apañado en el que poder cultivar sus propios vegetales, sentarse allí al atardecer y contemplar la lejanía supersticiosa de las montañas, en cualquier caso un lugar recogido y amable, un espacio propio lejos del ruido de los coches y de la contaminación. No lo comentaban muy en serio pero ambos comprendían que un sitio así sería El-buen-lugar-para-criar-hijos. Se besaban entonces, con cuidado, en los párpados y detrás de la oreja; respiraban sus cabellos; las puntas de los dedos acariciaban las palmas de la mano recogiendo el último calor en círculos que se ralentizaban poco a poco hasta que ambos se dormían.

—Es una buena chica.

—Claro.

—Nos queremos.

—Claro.

—Nunca nos haremos daño.

—Claro.

—En serio.

—Te creemos.

—Nos queremos.

—Sí, ya lo has dicho.

—No sé.

No sé significa que un día se encontró por azar con Ginebra.

Por la época en la que esto sucedió, Loren y Ofelia tuvieron La-conversación. El tema apareció como por casualidad y poco a poco se hizo recurrente, una especie de rumor al principio que circulaba entre las amistades y las conversaciones en las pausas del trabajo, cuando el grupo se reunía en torno al café como antaño lo hubiera hecho alrededor de un fuego vivo y se contaba historias y se hacía examen de conciencia, la vida pasa, el tiempo se consume, ¿qué vas a hacer?

Hijos.

En su círculo ya nadie salía de copas y las veces que quedaban, los temas derivaban hacia asuntos tradicionalmente serios, el desempleo, la crisis, la corrupción, la guerra. Las innovaciones eran pocas, el feminismo, el medioambiente. Un amigo de ellos, o más bien de Ofelia, pues Loren no tenía demasiados, habló algunas veces de teatro. No muchas, la verdad, y se le pasó pronto. Loren tenía la vaga impresión de que cualquier mañana de aquellas, nada más despertar, Ofelia y él se pondrían a hacer yoga y después desayunarían tostadas sin gluten y zumo de pomelo leyendo el periódico, ella la sección de economía, él la de deportes; y la luz de la mañana entraría en el comedor y el barniz del parqué brillaría como en una película bien iluminada.

Lo que ocurría era que para Loren nunca se trató de un deseo explícito, vital, sino más bien de la recóndita pero plausible idea de que en su relación fuese necesario algo más. La cuestión es que llegados a cierto punto ya dio igual si se trataba de una querencia auténtica o de una excusa poco original. El estaba dispuesto a ello pero en ningún momento lo deseó con las tripas, que es como él suponía que se debían querer estas cosas.

El suegro de Loren era promotor inmobiliario. Cuando le contaron que tal vez podría ser abuelo, se entusiasmó y en seguida comenzó a disponer de su futuro como pareja como lo hacen las personas que están acostumbradas a dar órdenes a mucha gente, con una seguridad rayana en la agresión. Ofreció capital y contactos, argumentaba que su nieto, así como su hija, debían tener las mejores opciones. Habló de una inversión casi lista para abrir un complejo urbanístico en levante. Tenía los terrenos, tenía los arquitectos, tenía los bancos, tenía, de nuevo, los contactos. Presumió mucho de ello. A Loren le ofreció participar. Le reservaría un buen puesto, solo tenía que ahorrar un poco más e invertir en su grupo, no importaba si no tenía el capital suficiente, él mismo se lo adelantaría.

—Tampoco es que estés haciendo nada con tu vida —le dijo—. Mírate, ya es hora de cambiar. Entiéndelo, es por Ofelia y mi nieto. No te preocupes, tengo los contactos, ya verás. No tienes traje, ¿verdad?

—Pues sí.

—Mírate, vas a ser todo un hombrecito, tranquilo, no te preocupes. ¿Qué talla tienes? —es fácil imaginárselo con sobrepeso y bien afeitado, sin creatividad, cejas chispeantes y un anillo en el meñique lo suficientemente orondo como para desentonar con la estampa familiar: astucia ventajista, risa obscena y manos chabacanas en los culos de las secretarias.

Un fin de semana el suegro los llevó a ver los terrenos. Alardeó de la playa, del puerto y del pueblo como si fueran suyos. Este va a ser mi regalo de bodas, les decía, y hacía así con la mano extendida, abarcando el paisaje, y luego se lo guardaba todo en el puño. Los ojos le brillaban furibundos cuando miraba a su yerno y Loren le respondía esbozando una mitad de sonrisa que se perdía entre muchos senderos. Ofelia y él nunca habían hablado de casarse.

Después el suegro los invitó a un arroz a banda y a vino blanco bien frío. En la comida hablaron de muchas cosas excepto de todo aquello que estaba sobreentendido. Lo principal era tener un plan, estructurado, rígido incluso, con promesas de abundancia material y espiritual.

—Los hijos son algo maravilloso. Ya lo veréis. La casa en la que vives, tu trabajo, hasta tu ropa, todo cobra más sentido —y llenaba el suelo de cabezas de gamba trituradas.

La vuelta desde Torre del Bajío es monótona como un debate sobre el estado de la nación. Se atraviesa un pueblo, se gira un recodo de mar, otro pueblo y otro recodo, luego la autopista en línea recta cruzando campos de cultivo, no hay una curva, no se sube, no se baja. Kilómetros y kilómetros de cielo y tierra siempre idénticos desfilaron ante los ojos de Loren hasta convertirse en un borrón. Y fue ahí donde tuvo su segunda experiencia extracorporal. Vio unas manos aferrando el volante y un rostro lívido en el retrovisor y se preguntó ¿quién conduce? Dio un volantazo, paró en el arcén y acuclillado junto al guardarraíl, vomitó. El Bmw del suegro siguió de largo a doscientos por hora hasta que se perdió en aquel horizonte invertebrado de color mostaza.

Ofelia le pasó la mano por el pelo, le dijo que todo estaba bien, que no pasaba nada y condujo el resto del viaje. Volvieron en silencio, escuchando la radio, la emisión carraspeaba, a veces alguien hablaba, a veces alguien cantaba, a veces se escuchaba solo la estática, y tras el ruido blanco, risas o susurros o tal vez solo el viento como soplando por un desfiladero estrecho, oscuro y frío. Llegaron a la M-30 al anochecer. El tráfico era fluido. Ocho carriles se abrieron ante ellos fuertemente iluminados, amplios, duros y veloces. Ofelia se volvió hacia Loren.

—Mañana tendríamos que hacer limpieza. Las ventanas están hechas un asco.

—Vale.

—No me gusta limpiar.

—A mí tampoco.

—Hay muchas cosas que no me gustan. No me gustan los días de viento ni las acelgas. No me gustan las películas de ciencia ficción, no entiendo esa tontería de las naves espaciales ni

tampoco porqué fuma la gente. No me gusta el tabaco. La cobardía. La odio. Y no me gusta limpiar. Pero hay que hacerlo, ¿verdad? Hay que hacer cosas que no queremos, especialmente para conseguir lo que queremos.

—¿Ajá? —el alumbrado resbalaba sobre el perfil de Ofelia que se hundía y emergía de la oscuridad como una aleta dorsal.

—Quiero dinero. Quiero dinero porque quiero una hija. Y quiero el dinero para criar a esa hija porque no quiero tener miedo porque odio la cobardía. Lo demás me importa un comino. Bueno, podemos hacerlo juntos, ¿no? Es como limpiar, cada uno su parte. Mi padre nos ayudará. Tú solo tendrás que esforzarte un poco.

Ofelia le puso la mano en el muslo y lo miró de nuevo. Sonreía.

—Soy feliz, Loren, muy feliz.

Su mano subió por el pantalón y le acarició el pene. El tuvo una erección. Quiso llorar.

Después de aquello Loren y Ofelia empezaron a mirar pisos, necesitarían un apartamento más grande, con tres dormitorios, eso decía Ofelia.

—Uno para nosotros, otro para la niña y otro para los invitados.

—¿Niña?

—Bueno, lo que sea será bienvenido. Y un balcón, grande, con luz, lleno de plantas. ¡Un bosque entero! ¿No sería genial? Me gustaría que los edificios tuvieran árboles en las azoteas y enredaderas descolgándose por los muros. Las ciudades se verían mucho mejor así.

Estos temas salían durante la cena y se extendían mientras fregaban y más allá, hasta la copa de brandy que ella tomaba antes de dormir. A Ofelia le encantaba eso, el precinto de la lámpara de mesa y el silencio de la calle le resultaban más propicios para el futuro. Se sentaban en el sofá y aunque encendían la tele, Ofelia no le prestaba la menor atención. Las ficciones de las series no eran rival para lo que se venía. Medio amodorrado, Loren la escuchaba desgranar su lista de deseos.

—Va a ser la primera vez que tengamos dinero de verdad, ¿te das cuenta?

—Mmmm... bueno, no es que vayamos a hacernos millonarios, Ofelia. Ni si quiera hay una oferta en firme. No es más que un proyecto. Tal vez ni salga.

—Podrías ser un poco más entusiasta. A veces creo que papá lleva razón. Es tu actitud, nunca lo intentas.

Ella se cubría con una mantita vieja y a medida que la iba limpiando de pelotillas con cuidado, saboreaba su Cardenal Mendoza en voz alta.

—Vale. Entonces me compraré un coche. Un Bmw como el de tu padre, que sea un misil.

—¡No! Primero habrá que buscarle guardería e ir pensando en un colegio. No la llevaré a un público ni de coña.

Llegados a cierto punto apagaban la televisión y ponían música suave para hacer de la conversación un lugar agradable, recopilatorios de idealizaciones, veinte temas para el café, las quince mejores canciones para la lluvia, jazz a la luz de las velas. Desde luego no existen antologías de jazz para poner la lavadora. Esos huecos se los tiene que inventar uno mismo.

—Nos mudaremos, ¿no? Sería bueno que hubiera un parque cerca, para la niña.

—Podría ser un niño.

—Será niña y se llamará Inés.

—¿Y si es un niño?

—No. Será niña y se llamará Inés y cuando tenga edad la matricularemos en piano y en francés y alemán y chino. Tiene que hablar idiomas.

El día que por fin se metieron en la hipoteca el suegro los avaló. Para celebrarlo fueron a comer un cocido montañés empapado con un vino tinto dulce, espeso y doloroso. Aquella misma noche Ofelia le comunicó a Loren que no tomaba la píldora desde hacía casi cuatro meses.

—No me habías dicho nada.

—No.

El suegro se empeñó, iban a inspeccionar sobre el terreno una vez al mes. Bajaban un sábado por la mañana, bien temprano. El suegro conducía muy rápido y hablaba mucho, era del tipo dinámico, siempre estaba excitado.

—Putos veganos. Quizás lleven razón, yo qué sé, nos hemos follado el planeta, eso seguro. Pero lo importante es lo que hacen cuando buscan como locos tiendas que les abastezcan de tofu. ¿Sabes lo que hacen?

—No.

—Ser inocentes, eso hacen, procurar librarse de su parte de culpa, librarse de lo que hay que hacer. Pobres diablos. Mira en cambio a los chavales, todos con las deportivas y el chándal, el pelito, los tatuajes, los burpees, ¿qué es eso? Yo te lo digo, el uniforme de combate. Es como el traje de ejecutivo. Son soldados en la guerra del éxito. Saben lo que hay que hacer. Chalés en la costa, ¿crees que tiene algo que ver con la moda? El sector público pondrá el dinero y nosotros lo organizamos todo, desde la construcción hasta la promoción. Impecable.

Daban una vuelta por el pueblo y evaluaban el pulso del comercio, el nivel de galvanización del lugar, la marabunta asediando bares y tiendas, alborotando calles y plazas, devorando chiringuitos.

—Mira eso, mira, todos corriendo como pollos sin cabeza. ¿Dónde van? ¿A un museo? Venga ya. Incluso si de verdad te interesa es algo que liquidas en una mañana. Es la ciudad lo que se consume, Loren, la vidilla, el ambiente, todas esas zarandajas. A por eso vamos, a por los nuevos desarraigados, los nómadas digitales, les das una playa que mirar mientras trabajan cuarenta, cincuenta, sesenta horas delante del ordenador y tan contentos, basta con mirarlos a sus ojos de vaca ceremonial, todo está bien para ellos, el karma, la bolsa y el sushi a domicilio. Vamos, que se han adaptado al nuevo mundo. Son los siervos felices y nosotros les ofreceremos el escenario para que desarrollen su película. La gente pide a gritos símbolos que den a su vida un valor que no tiene. Nosotros le damos los servicios de siempre y les decimos que ahí están sus símbolos y les parecerá maravilloso solo por haber cambiado de lugar. Lo que vamos a vender son inversiones personales, proyectos individuales, estilos de vida. Por eso estamos aquí, para construir un gueto de caprichosos freaks de los ordenadores que lo quieren todo, un salario abultado, gimnasio por las mañanas y fiesta por las noches y reconectar con el espíritu, con el flujo de la vida, con las olas del mar, con los delfines. Bueno, aquí no hay delfines. No quedan ni atunes, pero el arroz es cojonudo.

A la sombra de las grúas Loren y el suegro miraban las obras del centro comercial, estaban avanzadísimas. Que te pongan un centro comercial en el pueblo es como que te digan que allí se

van a celebrar las próximas olimpiadas. Fe en el futuro, esperanza, dinero bailando como el arco de un violín.

—Lo dijo Schumpeter, lo del violín. Imagínatelo allí en Viena, en un concierto de año nuevo, escuchando el vals con esa jeta de vampiro que tenía. Suena Strauss y el tipo se pone a pensar en dinero. Hay que ser mezquino. Chalés, hazme caso.

El suegro tenía alquilado un apartamento que usaba de oficina. Subía a hacer llamadas, eso decía. Tenía a Loren esperando un par de horas. Normalmente se quedaba en el bar de enfrente tomando un café con leche, a veces se comía una madalena. Veía llegar y marcharse a la becaria, una rubia de metro ochenta con minifalda de cuero e implantes desorbitados. Cuando el suegro por fin bajaba, le palmeaba la espalda y se iban a comer. Los ojos le brillaban y olía a plástico usado.

—En realidad lo que Ofelia y tú vais a hacer es casi un acto de revolución. La política no vale una mierda. Si hay algo que pueda parar la que se nos viene encima es la familia, la única estructura que tenemos que ha sobrevivido desde el neolítico. Hazme caso. Vamos de nuevo hacia el feudalismo.

Siempre se tomaban dos copas de patxarán, nunca tres, nunca una. Dos, las justas para charlar. El suegro elogiaba su brillo, le gustaba alzar la copa y dejar que el sol la atravesara; y Loren pensaba en el brandy de Ofelia por las noches.

—Cuando vemos turbios los líquidos es porque contienen sólidos en suspensión, partículas que reflejan en todas las direcciones los colores que no absorben, también dentro del propio líquido. Esto hace que nos esté velado lo que hay detrás, y por otra parte, que lo veamos con ese aspecto mateado. Hay diferentes niveles de turbidez, brillante, opalescente, jaro, lechoso y turbio. La voluntad de poder existe. Cuando bajas al nivel de la biología, de un cuerpo, estás en el grado máximo de turbidez. Solo se alcanza a ver una máquina compulsiva que se refleja así misma en cada deseo, narcisista, ciega, doliente e incapaz del menor cálculo optimizador a un nivel general. El cuerpo no sabe estar satisfecho. Pero su voluntad existe, se observa a vista de águila. Es la historia, un tumulto de deseos como partículas en suspensión en una riada que se entrecruzan con destellos rojizos. ¿Has mirado alguna vez a la cara de la historia? Jesús, hay que tener estómago. Hay que estar preparados y agarrar todo lo que se pueda. Hay que tener un proyecto. Ofelia y tú hacéis muy bien.

A última hora paseaban por el puerto. Con el atardecer y el chapaleo del mar en las barcas, el suegro se ponía melancólico y se remontaba a su juventud. Eso le importaba, que Loren supiese que era un hombre completo.

—Fue en Bilbao, poca broma. Andaban cerrando hornos y astilleros por todas partes, la gente estaba que saltaba. Nos metimos en una taberna, alguien dijo algo, salió lo de la bandera y se lió. El hijo de puta, me estaba estrangulando. Al final conseguí zafarme y le di un navajazo. Salí

corriendo. Era de noche, llovía, yo no sabía dónde estaba. Me metí en una tasca. Llevo un rato allí, delante de un vino que no me puedo beber por el dolor de garganta, cuando entran unos tipos dando voces y diciendo que han matado a uno por ahí arriba.

—¿Qué dices tú?

—Que han matado a uno por ahí arriba.

—¿Quién?

—Cagüen dios yo qué sé. A uno, por ahí arriba.

—No, que quién ha sido, digo.

—¡Cagüen dios! ¿Y yo cómo voy a saber? Es lo que están diciendo en la calle.

Salí y vi el bullicio, muchas voces, gritos, gente corriendo de un lado a otro. Yo había bajado por otro lado. No había venido de ahí. Era imposible. Me lo dije tres veces hasta estar seguro. De todos modos al día siguiente me largué en el autobús a Francia. Todavía no sé qué pasó. Fue hace mucho, ya no importa. Yo no fui. Hijo de puta. ¿Qué coño pasaría?

Agotada la tarde y la épica volvían en silencio y eso era lo que mejor recordaba Loren de aquellos viajes, la carretera en la noche, los faros sosegados sobre la sólida recta, las molduras veteadas de roble del interior del Bmw y los asientos cuero moca, el suave zumbido animal. Dios, aquel coche era dios. Sí. Sobre todo los asientos. Mantequilla, azúcar y vainilla. Sentarse en ellos era como volver a casa en invierno.

Ginebra la de la blanca tez, las blancas manos y el blanco pecho. ¿Todavía la amaba Loren? Cuesta creerlo tras tantos años pero por otro lado resulta fácil creer que haya personas que siempre estén amando-todavía. Cuando se encontraron en el centro comercial, Loren llevaba nueve meses viviendo en el nuevo apartamento, seis de enchufado por el suegro y tres pares de calcetines en la mano, de los de señor, negros y finos. Pasó por la cafetería, vio un abrigo rojo que era imposible no ver y dentro del abrigo rojo a una mujer con el pelo rojo tomando un café con un pincho de tortilla; y ella levantó la mano y lo saludó.